

Ciudad del Vaticano, 25 de marzo de 2021

Solemnidad de la Anunciación del Señor

Queridos Hermanos y queridas Hermanas,

el saludo que intercambiaban los primeros cristianos decía: *"¡Cristo ha resucitado!"* y ellos respondían: *"¡Verdaderamente ha resucitado!"* Entre dos cristianos no hubo un saludo más hermoso y sincero que éste. Con estas palabras, de hecho, intercambiaban el sentimiento más profundo que tenían en sus corazones. Este sentimiento era su fe y su esperanza en Cristo resucitado.

Se saludaban y profesaban la misma fe en voz alta y se sentían unidos por una relación muy profunda. Realmente se sentían hermanos y hermanas unidos no por un vínculo de sangre o amistad, sino por la misma fe y la misma esperanza en Jesús resucitado. Se reconocían a sí mismos como parte de la misma familia que el mismo Jesús había creado al reunir a quienes habían depositado su fe y esperanza en él, un vínculo tan fuerte que ni siquiera la muerte puede romper jamás. Esta familia es la Iglesia, la del cielo y la itinerante en el tiempo que siempre se enriquece con nuevos hijos, como también ocurre de manera muy significativa la noche de la Vigilia Pascual, cuando los catecúmenos reciben el bautismo, la confirmación y la primera comunión con Jesús en el Eucaristía.

En esta Pascua de 2021, todavía tan marcada por el sufrimiento de todo el mundo por la pandemia que desde hace más de un año ha trastornado nuestros hábitos y nuestro estilo de vida, yo también quisiera retomar el antiguo saludo cristiano: *«¡Cristo ha resucitado!»*. Me gustaría escuchar de vuestro corazón de hermanos y hermanas constantinianos la respuesta: *"¡Realmente ha resucitado!"*

Necesitamos recuperar la verdad de los signos, de los gestos, de las palabras de nuestra fe: hoy más que nunca nos damos cuenta de que muchas personas son aún más frágiles y perdidas en el reconocimiento de la esperanza; en esta situación, agravada aún más por la dramática circunstancia histórica en la que nos encontramos, ignoran a Cristo y, empujadas por la sociedad llamada laica y secularizada, basan su existencia en el materialismo y el relativismo. En la dificultad de ver la esperanza, es aún más difícil afrontar el sufrimiento y las privaciones.

Cristo, junto con su Gracia, da a los que creen en él a María, su Madre, Reina de los ángeles, santos, mártires y nuestra Madre más tierna, y con ella el ejemplo y el consuelo de testigos mucho más grandes que nosotros, de hermanos mayores: los santos y mártires que, sometidos a prisión y tortura, no cedieron en su fe y amor para la Iglesia. Viendo sus testimonios en las persecuciones aún tristemente presentes en muchos países del mundo, la respuesta es clara: su fuerza es la fe y la esperanza en Jesús resucitado.

Jesús estaba y está con ellos y en sus manos pusieron su esperanza. En Cristo la Iglesia, madre y maestra, los indica no solo por su ejemplo sino también y sobre todo como compañeros en el camino de la vida para que iluminen e intercedan por todas nuestras necesidades espirituales y materiales.

Papa Francisco también ha vuelto en repetidas ocasiones a la enseñanza de la "comunión de los santos" y este año 2021 quiso colocar en el centro de nuestra devoción la figura extraordinaria y gigantesca de San José, esposo de la Virgen, padre putativo de Cristo, patrón de la Iglesia universal. San José también es

particularmente venerado por la tradición de nuestra Orden Constantiniana y por la Casa Real de Borbón de las Dos Sicilias.

Queridos amigos, espero que la Pascua despierte en todos la esperanza que surge del encuentro con el Resucitado: los santos y mártires nos muestran cómo esta es una fuerza invencible incluso ante el mal y la amenaza de la muerte. Quienes tienen esta esperanza pueden vencer el miedo y encontrar en sí mismos la fuerza para gastarse por el amor, en cualquier condición y sin demasiados cálculos, porque saben que vivir para amar es imitar a Cristo, el Hombre nuevo, encontrar en Él el sentido y la plenitud de la vida.

Pido esta gracia pascual para cada uno de nosotros, y les devuelvo mis deseos: *“Cristo ha resucitado; verdaderamente ha resucitado”*.

Les bendigo

Renato Raffaele Card. Martino

Protodiácono de la Santa Iglesia Romana

Gran Prior